

LOS HOMBRES.

EN todos tiempos se ha escrito sobre los Hombres: se ha dicho de ellos mucho bien y mucho mal; pero ni se han hecho mejores ni peores. Lo que yo voy á decir de ellos nada tiene de comun con lo que se puede aprender en los libros; quiero hablar con arreglo á mis ideas.

La primera regla que es preciso observar respecto á ellos, es la de mirarlos como á hermanos nuestros, y lo son por todos títulos. El horror con que debemos mirar sus vicios, no ha de estenderse hasta sus personas. Los aborrecimientos de nacion, de religion, de partido, son afrenta de la humanidad: tienen su origen en la vanidad, en los zelos, en el desórden de una imaginacion que solo sigue sus caprichos. Desconfiemos de ella en el curso de nuestra vida, porque solo es buena para las ciencias y las obras de genio, como que es madre de la invencion; pero fuera de esto, forma los fanáticos, los entusiastas y los locos; gente mas digna de compasion que de cólera, y algunas veces mas peligrosa que criminal.

Hay personas cuyas obras se pueden leer y aun estimar, y su trato suele ser desagradable ó funesto. Las ciencias y las artes, cuyo fin es pulir el entendimiento y formar las costumbres, no siempre producen estas ventajas en los que las cultivan, porque no siempre es este el objeto que se proponen. Los prodigios del entendimiento y de las ciencias tienen derechos á nuestra admiracion, de que seria indecente frustrarlos.

Debemos formarnos reglas de estimacion y consideracion, porque en este mundo no es todo igual. Comunmente se acusa á los ricos de tratarlo todo sobre un mismo tono; esto es, acusarlos de que solo atienden á la opulencia; y siendo las riquezas mas bien efecto de la casualidad que del entendimiento, y no añadiendo nada

á las calidades del alma, á quien de todos modos se debe la preferencia, es odiosa tal acusacion.

No miremos á los literatos como inútiles al estado: solo los ignorantes y los espíritus débiles piensan así: trabajan en favor de un objeto tan interesante á la sociedad, como otros muchos que están mejor recompensados. Las letras esplayan é ilustran el entendimiento: los principios que le enseñan, y los ejemplos que le presentan, le ofrecen recursos de que carecia sin ellas. La ignorancia para nada es buena: los ambiciosos y los tiranos quisieran establecerla por todas partes para ser los dueños universales.

Se abusa de las mejores cosas. La irreligion y el libertinage pueden ser el abuso, pero jamas el fruto de la ciencia. Los paises en que reina la ignorancia son el teatro de los excesos mas monstruosos: solo se seduce á los ignorantes, y es una vergüenza ser seducido.

Por lo general hallamos pocos hombres que merezcan toda nuestra confianza; pero en hallando alguno, es preciso no dejarle escapar, porque es un tesoro, que conserva ó produce todos los demas.

La famosa division del mundo en engañados y engañadores no es tan exacta como se cree: hay un gran número de sugetos que no son lo uno ni lo otro: á estos debemos tributar todo nuestro aprecio. La dispacion en que vivimos, no nos permite discernirlos, y hacerlos la justicia que se les debe: los separamos de nosotros por el crédito que concedemos á los que la ambicion, el interes y los placeres han corrompido. Estos últimos divierten por lo comun mas que los otros; pero basta divertirse con ellos: la estimacion que se les tributase seria una injuria para la virtud, y para los que la practican.

Cualquiera que sea nuestro pensar acerca de los otros, no debemos dejar entrever que desconfiamos de ellos: la desconfianza y la sospecha no anuncian un ca-

rácter estimable. No debemos persuadirnos á que nunca se nos engañará: yo presagiaría mal del que nunca hubiese sido engañado. Solo nuestra esperiencia propia puede ilustrarnos sobre esta ciencia; todas las lecciones no pueden llegar á lo que enseña el uso.

Hay una injusticia comun con respecto á los hombres, y es la de hallar reprehensibles los caracteres que no se parecen al nuestro, la de querer que todos sean como nosotros, no estimar sino á los que se nos parecen, extrañar que se hallen modos y gustos que nosotros no tenemos. Es una tiranía querer sujetar á todo el mundo á que piense de un mismo modo. Un campo que no produjese mas que rosas, nos tediaria: la naturaleza varia, tanto con relacion á los hombres, como con relacion á las demas producciones suyas. Exigir de un hombre una cosa agena de su carácter, es pretender que un árbol dé otros frutos que los que le son propios. Es preciso que los hombres se sujeten á las leyes, cuésteles lo que les costare, porque las leyes se han hecho para los hombres; pero en cuanto á lo que ellas no prescriben, lo mejor es ser lo que la naturaleza nos ha hecho. Una obra se echa á perder, queriendo corregir una deformidad que entra en la construccion misma de esta obra: mas quiero ser negro que blanco por artificio.

Los que han sido engendrados en un mismo vientre, no se aman ménos por no ser parecidos. La naturaleza es la madre comun: su variedad forma su riqueza: criticar la multitud infinita de los diversos caracteres que produce, es quejarse de su magnificencia, de su fecundidad: cada uno en el fondo posee su mérito.

Cada nacion tiene su amor propio, que la obliga á hallar extraño lo que no se usa en ella. Los ojos nos corrigen de este defecto, y á fuerza de ver lo que pasa en casa de otros, comprendemos que no es siempre lo mas prudente lo que nosotros hacemos. Solo pertenece al pueblo no estimar sino lo que él practica: la pru-

dencia va mas adelante: toma lo bueno donde quiera que lo halla. Los romanos se gloriaban de haber aprendido de los griegos, lo que los griegos confesaban haberles enseñado los egipcios.

Hay vicios y virtudes propias de un pais, que puede atribuirse á muchas causas diferentes, respecto á que la voluntad no tiene la parte principal. El clima, el modo de vivir, el gobierno, las ocupaciones, concurren á establecer usos, á que nos habituamos al nacer, y de los que la multitud nunca se ha detenido en examinar lo bueno ó lo malo.

Las diferentes tierras producen diferentes frutos: los hombres pálidos tienen un carácter diverso del que experimentan los que tienen los colores vivos. De este compuesto variado al infinito, es de donde saca la sociedad la ventaja de tener de todo. Lo que forma su armonía, lo que corresponde al fin mismo de la sociedad, son los socorros mutuos que se dan los hombres, y que esta misma diversidad pone en estado de darse.

Deberia ser inútil á los hombres que se amasen y ayudasen recíprocamente: todo habla en favor de este principio, que nadie sigue sino con relacion á su propio interes. Es constante que este interes, de que cada uno es el centro, no tiene únicamente el destino que se le da, y que para llegar á este objeto principal, es necesario precisamente que ceda en algun beneficio de los otros: este servicio de la sociedad resulta de los particulares á pesar suyo; pero por esto no deja de ser un servicio.

Este efecto necesario ha hecho á muchas gentes mas tolerantes de lo que convendria al bien mismo de la sociedad que tiene á la vista. Se puede y se debe serle sobre muchas cosas en que no es de temer la confusion: la razon lo quiere, y la sociedad lo exige. Sufrimos con impaciencia á los que no perdonan nada y todo lo censuran; pero el interes de la virtud no permite que se

tolere todo: la sociedad perdería mucho, si se tratase igualmente el bien y el mal.

Los torrentes no tienen diques que los contengan: nada hay en esta vida que no los necesite: no se vive al acaso, porque todos saben lo arriesgado que sería: el sabio no excede ciertos límites.

Las personas excesivas son peligrosas: el talento más apreciable de los hombres es el juicio que no sufre excesos. Pero vemos con admiración que solo los excesos son de moda. Los grandes libertinos y los que afectan la mayor devoción, son casi los solos que interesan: la moderación más depurada á nadie mueve. Este trastorno de sentido común no es nuevo; existe desde que hay hombres: en los pueblos cultos, como en los que no lo son, se atiende á este maravilloso, que siempre se amará.

Más dioses ha formado el mundo, que el amor: esta es una debilidad confesada de todos los hombres. Las máximas generales, aplicables á todo y á las que nada varían las circunstancias, son muy raras; pero se convalida no obstante que es mejor hacerse amar que temer. Los que establecen la necesidad del rigor para con la multitud, fundados en la maldad de esta misma multitud, solo buscan un pretexto para ejercer su crueldad: las acciones de los hombres se les parecen; la reflexión casi nada varía en ellos. Los rendimientos que inspira el temor, no pueden lisonjear á un corazón bien formado: solo las almas duras quedan contentas con ellos.

No nos parezcamos á los que, avaros ó crueles, quisieran persuadirnos á ser lo que son ellos, acusando á todo el mundo de ingratitud. Este vicio no es tan general como le creen. Por otra parte, agrada hacer ingratos, y no los hace todo el que quiere. Sois igual á los dioses, decía Cicerón á César: deseáis hacer bien, y podéis hacerlo como ellos.

La ingratitud no es el vicio más general. Mayor es el número de los hombres que no hacen el bien que deberían, que los que carecen de reconocimiento. Los hombres tienen tantos otros vicios, que es preciso prepararse para no quedar asombrado. Se hallan más de los que se creen: ¡ojalá que su deformidad y multitud aumentase la aversión que los tenemos! Pero no creamos tampoco que solo hay vicios en el mundo: este es un extremo quizá más peligroso que el creer que no los hay.

Sacudamos el yugo de la prevención, que es el alma de la mayor parte de los juicios que formamos: procuremos más bien ver lo que es, que lo que nos dicen ser; pero particularmente reflexionemos mucho, antes de condenar.

Los diputados de una ciudad del imperio romano vinieron á pedir á Tito su protección para con Vespasiano, y él los respondió que examinaría su solicitud. Apolonio, que estaba presente, preguntó á Tito, luego que se fueron los diputados, ¿Qué hubiera hecho si se tratara de una revolución contra su padre? Hubiera castigado inmediatamente á los rebeldes, respondió Tito con vivacidad. Es decir, replicó el filósofo, que pedis tiempo para hacer una gracia, y no lo necesitáis para castigar.

En nuestro mismo corazón hallamos con que satisfacernos por haber salvado al culpable; pero nada nos consuela de haber condenado al inocente. Un juicio prudente previene estos errores, que algunas veces tienen consecuencias fatales para la sociedad.

En el trato de los hombres debemos atribuir á la flaqueza humana muchas cosas que nos disgustan, porque no puede ser perfecta. Un espíritu razonable sufre los agravios que se le hacen: no exige que los enanos sean gigantes, que todos sean constantes, generosos, disinterrados, fieles; lo mejor que puede hacer es estudiar en no necesitar para sí la indulgencia que tiene para sus semejantes. Dejaría de ser sabio si se creyese ofen-

didado de los prósperos sucesos de los malos á quienes mira, igualmente que á sus vicios, como un efecto infalible del desórden establecido, el que ningun particular puede remediar sino en sí propio. Es muy difícil no quejarse de él; pero guardémonos de quererle corregir, porque solo se logra un desprecio, que se estiende hasta la virtud, y muchas veces la ponen en peligro de tener que ceder.

Se dice que los hombres no ganan en darse á conocer por lo que son; es falso: nunca se los tolera, nunca se los compadece mas, que cuando se los conoce. No hay ninguno, aun entre los mas virtuosos, que examinándose imparcialmente, no pueda decir: ¿En qué ha consistido, y en qué consiste que me parezca yo á muchos de los mismos que condeno?

Regularmente redundan en perjuicio nuestro el que no seamos lo que deberíamos ser. Este, sin haber hecho mucho, puede que haya hecho mas para no merecer la vergüenza que le sigue, que aquel para obtener el puesto honorífico que ocupa. Este pensamiento es humillante, capaz de moderar la buena opinion que tenemos de nosotros, tan injusta como la que tenemos de los demas.

No podemos lisongearnos de conocer algun tanto á los hombres, sino cuando hemos principiado á conocernos á nosotros mismos. Miramos lo que está léjos, y no paramos la vista en lo que tenemos cerca: esto es esponerse á juzgar mal de todo. Pasemos de nosotros á los demas, de los demas volvamos á nosotros, y entónces haremos una comparacion exacta; entónces sabremos á lo que nos hemos de determinar: la modestia, la dulzura, y estas virtudes de sociedad que compadecen los males en vez de agriarlos, serian el resultado de una operacion de tal naturaleza.

Las personas mas difíciles no son las mas virtuosas. No nos engañemos: no juzguemos por los discursos pre-

parados, ántes que por las acciones, que nunca se pueden dorar sino en ciertas cosas.

Dejemos hablar á los que desprecian á la bondad como virtud de tontos: algun dia nos convenceremos de que la maldad es un defecto de este mismo espíritu, de que se dice es efecto. Los triunfos que da son amargos: los de la bondad están llenos de dulzura.

Se necesita mucho discernimiento para no confundir esta bondad reflexiva de que hablo, con aquella flaqueza de cabeza y temperamento; juguete eterno de los que abusan de ella, y que inoportunamente se honra con el nombre respetable de bondad.

No seria esta la única vez que viésemos vicios verdaderos erigidos en virtudes por ignorantes ó por lisongeros: los primeros no son peligrosos; los segundos son enemigos, tanto mas temibles, cuanto son mas agradables.

La lisonja es el veneno mas sutil para el corazon; cuando está bien sazónada es invencible. Desconfiemos de los que nos lisongean, como que son personas que nos quieren hacer beber un vino delicioso, para quitarnos la fuerza y la razon, nuestras únicas armas contra sus prestigios.

Este seria el lugar de hablar de las mugeres, porque forman la mitad del mundo. Su destino es agradar, ser amables, y ser amadas: nada puede librarlas de este estado, que es para ellas el mas encantador de todos.

Los orientales, que las encierran en especies de prisiones, no evitan inconveniente alguno de los que produce su trato: no dejan por eso de ser esclavos suyos, y se privan de la dulzura que se halla en vivir con ellas.

Los que no las aman, obran peor que los que las aman demasiado.

Todo lo que podria decirse sobre esto en bien ó en mal, seria inútil. La esperiencia propia enseñará tempranamente lo que se puede esperar ó temer.

Cualquiera que sea su conducta para con nosotros, observemos con ellas lo que nos prescriben los sentimientos y el honor. Solo unos monstruos son capaces de sonrojar á una muger por su debilidad: hagamos que nos estimen aun cuando no nos amen.

El amor que las tengamos no ha de oponerse á las obligaciones: las que quieren que se las sacrifique todo, no merecen ser amadas. Si forman algunas veces la vergüenza de los hombres, otras forman tambien su gloria. Ines Sorel contribuyó mucho á la de Carlos VII. Cuando su trato nos es funesto, siempre es por culpa nuestra.

EL MUNDO.

POR mas que se conozca al Mundo, siempre ofrece que aprender. Varia la escena con tanta frecuencia, que los que han hecho en él papel mas largo y con mejor suceso, no tienen una seguridad de ser aplaudidos hasta el fin. Podemos pasar la vida en instruirnos de los varios objetos que encierra sin apurarlos.

El mundo de la corte no se parece al de la capital, ni el de una capital al de las provincias. Todos estos mundos solo forman uno con la serie del tiempo, y su composicion no es tan caprichosa como se cree.

Cada uno tiene sus máximas acerca del mundo. Los espíritus apocados, que han hecho su fortuna á fuerza de bajezas y avaricia, no conocen otra ruta que la que ellos han seguido, y dirigen por las mismas huellas á los que van á entrar en el mundo, sin detenerse en si deben seguir el mismo camino. Hay modos, circunstancias y acaecimientos que no permiten unas mismas cosas: hay caracteres, nombres y aun figuras, á quienes no conviene todo.

Por todas partes somos lo que somos en el fondo: los

pasos mas esenciales llevan siempre nuestro carácter; vano ó molesto, prudente ó atolondrado, tímido ó resuelto, fuerte ó débil, bueno ó malo.

Para conducirse bien es necesario conocerse; pero se entra demasiado temprano en el mundo para tener este conocimiento. Los que nos introducen en él, no nos conocen mejor que nos conocemos nosotros; pero cuando nos conociesen, ¿estarian bastante ilustrados, bastante exentos de pasiones para enseñarnos un camino que no nos estraviase? Mas bien falta habilidad á los conductores, que docilidad á los conducidos. En este teatro de revoluciones continuas la casualidad, mas bien que la prudencia, decide de las caidas y de las elevaciones.

No hay regla cierta para hacer en el mundo lo que se llama una gran fortuna: la hay para un buen éxito, ó á lo ménos para merecer su estimacion. A esto debemos atenernos: es prudencia dar alguna cosa á la incertidumbre de los acontecimientos, y locura entregarse enteramente á ella.

Se cree que solo deben estudiarse los diversos estados que se han de abrazar, y que el mundo se aprende por sí solo. Es cierto que jamas se aprende mejor que viéndole, y que de todos los modos de estudiarle, este es el mas acertado; pero no es ménos cierto que exige atencion, que es necesario saber aprovecharse de lo que se ve y de lo que se oye. Los que pretenden conocerle con el auxilio de los libros, no tienen una verdadera idea de él; no le conocen jamas.

Los sabios, á quienes unos estudios profundos y abstractos tienen separados del trato del mundo, contraen en el gabinete un aire, un no sé que, que el mundo mas amable no puede borrar. Sus conocimientos raros los hacen admirar como una novedad, de que se está ansioso; pero insensiblemente vuelven á entrar en la oscuridad

de donde han salido: solo duran el tiempo que dura la curiosidad que escitáron.

Oímos decir frecuentemente que el mundo es la mansion de la injusticia, de la corrupcion y de todos los desórdenes. La mayor parte de los que lo dicen, no se entienden á sí mismos; muchos no le entienden á él, y otros tienen interes en desacreditarle. El mundo, como una union de hombres de todas especies y de todas suertes, provee de todo, de bien y de mal; pero como interesado en la conservacion de la sociedad, es al mismo tiempo un tribunal severo, en que se juzga sin apelacion, y con un rigor que solo le es propio, los vicios y los defectos de los hombres. Un malvado, un traidor, un ingrato, un cobarde, quedan desacreditados en él para siempre. No perdona por mas que se trabaje en reparar sus faltas: nada escucha; condena muchas veces hasta el motivo que se tiene para apaciguarle. Como solo castiga con el desprecio, su inflexibilidad es la que hace temibles sus juicios. Habiéndole ofendido una vez, es necesario abandonarle, porque cuando se pierde su favor, se pierde para siempre.

No están mas libres de sus decretos los ricos y los grandes; por el contrario, son á los que persigue con mas obstinacion, cuando se cree ofendido de ellos; y como raras veces están sin defectos, le es fácil sorprenderlos en alguna falta. Por lo regular mira como un desórden la superioridad que les conceden los bienes y los títulos de nobleza; gritará que son indignos de lo uno y de lo otro.

Este famoso Caton, que temia con conocimiento los juicios del mundo, respondió á uno que se maravillaba de que no le hubiesen erigido estatua: Mas quiero oír preguntar por qué no me la han erigido, que por qué me han erigido una.

Los autores que han pasado su vida en meditar sobre las pasiones, en analizar los vicios y las virtudes, no son

tan difíciles como el mundo acerca de su estimacion. No se le engaña: desenmascara la hipocresía mas astuta, pesa sus juicios mas de lo que se cree: lo que aprueba ó lo que condena, despues de un cierto tiempo (porque siempre toma alguno para juzgar mejor) queda aprobado ó condenado para siempre.

Lo mismo que con los hombres hace con las obras de genio y del arte; las concede ó las niega la inmortalidad que piden. Estiende su censura hasta los ridículos, de que sabe aprovecharse con mucha destreza. Injustamente se le acusa de que los trata peor que á los vicios: no hace mas que divertirse con ellos, medio el mas seguro de corregirlos. No es culpa suya, si somos mas sensibles á la burla que al desprecio.

El mundo es muy difícil de contentar: no le basta que seamos virtuosos; quiere que seamos tambien amables: abandona con desden á los que, fieros con las ventajas de su moral, á nada se prestan, y hacen insaciables unas virtudes que no se estiman, sino en cuanto ceden en beneficio de la sociedad, para la que se han establecido. Ama las gracias de la figura, y mucho mas las del espíritu y de carácter, como mas útiles al bien general de que nunca se separa.

Se nos dice por lo regular: desconfiad del mundo que os aplaude; y yo diria: aprovechaos de los aplausos que os tributa, para que en lo sucesivo los merezcáis mayores y mas sólidos. Es necesario no confundir lo que llamo el mundo, con una tropa de gentes interesadas en alabarnos para sorprendernos, bastante cobardes para dar incienso á los vicios, bastante corrompidos para desear que aumentemos el número de los que este mundo respetable desaprueba y condena con justicia.

No, nunca es el mundo el que nos pervierte. Cuando se complace de las acciones de los que principian á vivir en él, es el primero á prohibir que esta complacencia los inspire vanidad: hace mas; sabe contener elo-

gios cuando se abusa de ellos. No alaba puramente por alabar: alaba para inspirar aliento. Conoce el carácter de los hombres, y sabe que la emulacion es el alma de las grandes cosas: se lisongea de hacer mejor; mira como á criaturas suyas á los que, aprovechándose de sus alabanzas, han sabido merecerlas hasta el fin de su carrera.

EL ESTUDIO.

CICERON ha dicho que el Estudio es de todos tiempos y de todos los estados de la vida, aumenta sus placeres y suaviza sus penas. Si no forma siempre la felicidad de nuestro estado, á lo ménos contribuye á ella, y aun hay algunos en los que el estudio dirige todas las operaciones, y á quien deben toda la gloria y brillantez que los sigue.

Aunque se tenga mucho talento, el estudio le aumenta siempre, y sin él nada produce de perfecto; pone una diferencia infinita entre los hombres.

Aun la guerra no escluye el estudio. Los mayores capitanes de Grecia y de Roma cultiváron su talento con las letras. Arbitros de la guerra al frente de sus egércitos, lo eran tambien del buen gusto y de las obras de genio en el seno de la paz.

Todavía admiramos los Comentarios de César; nuestra nacion tiene modelos en este género. El militar mas completo necesita aprender. El gran Conde decia, que ganar una batalla era una obra maestra, en que no tenia ménos parte la ciencia que el valor.

Las mas bellas cosas son por lo comun la obra de un momento; pero muchos dias de estudio que precediéron á este momento, fuéron los que concurriéron á hacerle brillante. El mas hábil negociador no puede adivinar los intereses de los príncipes, la posicion de sus estados,

sus amistades, relaciones, la historia de sus paises; camina entre tinieblas si no le ilustra el estudio.

No conviene á todos el ser sabios. Este título suele ser causa de una imposibilidad ó estrañamiento para desempeñar los respectivos deberes de un estado, acaso mas esencial que la ciencia misma. Pero conviene á todo el mundo estudiar y reflexionar, porque á todos es útil el saber, y solo se sabe lo que se ha estudiado.

Se hallan personas amables de mucho talento, que, como se suele decir, no saben leer, ni escribir; pero son pocas, y no agradan por mucho tiempo. Si experimentan algun reves, no hallan recurso, y gimen inútilmente. ¿Y cual es su destino en la vejez? Entónces no tienen otro mérito que su figura, usada en un mundo que ya no hace caso de ella, y que se irrita frecuentemente de ver que se restituye á la maldad un entendimiento, que no teniendo diversion, la funda en morder y destrozár impiamente á quien vale mas que él. Pero aunque solo fuesen fastidiosos, bastaba su estado para desacreditar la ignorancia en que habian querido vivir.

Los hombres no han nacido única y precisamente para agradar: talentos mas esenciales son los que se le piden. Todo lo que los asemeja demasiado á la condicion de las mugeres, los deshonorá. Tampoco son estos á los que mas aman ellas: es suya la gloria que tienen aquellos á quienes favorecen; se lisongean con su mérito, con la estimacion que se los tributa; hallan en ellos los auxilios que necesitan, y á los que las ha sujetado su estado. Por otra parte, es usurparlas sus derechos legítimos y naturales: solo es propio de las mugeres haberlo hecho todo, cuando han logrado agradar.

Cuando yo hablo de estudio, no le limito al que es necesario para diferentes estados, que dividen la vida civil, y que exigen diversas suertes de conocimientos; aquel es esencial, y nada puede reemplazarle. El aire ridículo de los que lo saben todo, escepto lo que deben sa-

ber, es aun mas sensible, mas perjudicial, que el de algunos otros que, sabiendo solo una cosa, hablan eternamente de ella, y fatigan á la sociedad.

Yo entiendo por estudio el que conviene á todos, de cualquier edad y estado que sean; que distrae de las ocupaciones mas graves; que comunica gracias al lenguaje; que pule el espíritu, el carácter y las costumbres; que nos familiariza con los bellos tiempos de los griegos y de los romanos; que nos reproduce los grandes hombres de todas las naciones; que nos hace conocer los diversos géneros de talentos, y que nos enseña á juzgar de ellos; que nos inspira este gusto por las bellas cosas; que principia el discernimiento natural, y que debe su perfeccion á las letras.

Este es el estudio que el mundo asocia á todo el que ama, el solo que quisiera se diese á entender haber hecho: en algun modo es necesario ocultarle los demas. Teme la ostentacion de los sabios, porque es muy raro que no le acompañe alguna vanidad: las citas cansan, ó humillan á los oyentes. Mignard se quejaba á Ninon Lenclos de que su hija no tenia memoria: es V. muy feliz, respondió Ninon, así no citará.

La modestia es compañera del estudio de que hablo, y en nada se parece al de estos pedantes, que disputan sin gracia, deciden sin autoridad, y con cuyo ejemplo adquieren algunos jóvenes un tono decisivo, que compadecerá el mundo, hasta que hayan tenido tiempo de sacudir el polvo que los cubre, y que los impide conocer que para llegar algun dia á juzgar bien, es necesario aprender ántes á dudar.

A nadie se perdonan los juicios que dicta la vanidad y la presuncion, y está muy mal á los jóvenes el pronunciarlos. Los discípulos de Pitágoras estaban cinco años sin hablar.

Los buenos estudios corrigen igualmente de una infinidad de defectos, que parece no tenian con ellos rela-

cion alguna. No se estudia precisamente para saber; se estudia tambien para hacerse mejor, y esto se logra cuando se desea. No hay suerte de ventajas que no se hallen en los libros; todo depende de la eleccion que se hace de ellos.

Por mas que nos prediquen las fortunas y prosperidades de los malos, por mas placeres que los rodeen en apariencia, solo la virtud puede hacernos gratos á nosotros mismos y á los demas: sin ella no hay verdadera felicidad. Los que se rien á costa suya, solo se rien con los labios; su alegría es de las que terminan por la amargura. El sabio que habia pasado por todas las situaciones de la vida, confesaba que, léjos de la virtud, solo habia hallado vanidad, ilusion, nada: todo nos enagena: hay momentos en que nos creemos felices sin ella; pero son solo momentos, y pasada la enagenacion, pagamos bien caros unos errores tan cortos.

Acordémonos del sabio que he citado; con él os dejo, lectores: las esperiencias que habia hecho, le habian conducido á juzgar sanamente de todo: para ser felices, nada haríamos mejor que seguir sus consejos: *et cognovi quod nihil esset melius, nisi latari et facere bene in vita sua*. He conocido que nada hay mejor que estar contento con su suerte, y tener una vida irrepreensible.

ÍNDICE.

Introduccion, - - - - -	pág. 3	Los Estados de la Vida, - - - - -	pág. 34
La Religion, - - - - -	5	Los Placeres, - - - - -	38
La Filosofia, - - - - -	8	Los Honores, - - - - -	42
Las Leyes, - - - - -	12	La Política, - - - - -	47
Las Sociedades, - - - - -	18	Las Riquezas, - - - - -	51
Los Vicios y las Virtudes, - - - - -	22	Los Hombres, - - - - -	56
Las Pasiones, - - - - -	26	El Mundo, - - - - -	64
La Felicidad y la Infelicidad, - - - - -	29	El Estudio, - - - - -	68

En esta imprenta se publica por suscripción

LA BIBLIA SAGRADA,
EN LATIN Y CASTELLANO,

TRADUCIDA Y ANOTADA CONFORME AL SENTIDO DE LOS
SANTOS PADRES Y ESPOSITORES CATÓLICOS,

POR EL PADRE SCIO DE SAN MIGUEL,

Obispo de Segovia &c. &c.

PRIMERA EDICION MEGICANA.



PARA proceder á su impresion, se impetró la licencia del Ilustrísimo Venerable Cabildo Gobernador, que la concedió, y nombró revisor para que fuese mas correcta.

La general aceptacion que ha merecido esta divina obra, nos exonera hacer su elogio: por lo mismo solo indicaremos el modo de publicarla, para que tengan de esto una noticia exacta los que no han visto los prospectos y quieran suscribirse.

Se imprime en cuarto mayor por números encuadernados á la rústica, compuestos de 12½ pliegos, siendo el valor de cada ejemplar 1 peso, y saliendo un suscriptor responsable por ocho ejemplares, se le darán por 7 pesos.

Para adorno de la obra, cada tomo llevará una lámina fina, las que se repartirán grátis á los suscritores.

Esta edicion, aunque sacada de la tercera española que consta de 15 tomos, quedará reducida á 10.

Los que gusten tomar alguna coleccion de los números que se han publicado y suscribirse por el resto de la obra, podrán ocurrir

- En Méjico—al Editor en la calle de Capuchinas no. 15.
- En Puebla—al P. D. J. V. Caro, calle de la Santísima no. 17.
- En Guanajuato—al P. D. José Manuel Mendez.
- En Chihuahua—á D. José Agustin de Escudero.
- En Cuernavaca—á D. José Mariano Garduño.
- En Córdoba y Orizava—á D. José Francisco Sainz.
- En Colima—á D. Ignacio Ochoa.

Ya se han publicado 10 números.

Méjico, Setiembre de 1831.

LAS
VELADAS DE LA QUINTA,

ó
NOVELAS E HISTORIAS SUMAMENTE UTILES

PARA QUE LAS MADRES DE FAMILIA,

á quienes las dedica la autora,

PUEBAN INSTRUIR A SUS HIJOS.

JUNTANDO LA DOCTRINA CON EL RECREO.

Escritas en frances

POR LA SEÑORA MARQUESA DE SILLERY

y trasladadas al castellano

POR D. FERNANDO DE GILLEMÁN.



LOS principios de la educacion están encomendados á las madres de familia, y no podrán en esta materia dirigirse con acierto, si no se ven libros que les demarquen sus obligaciones y les enseñen el modo de cumplirlas.

Las **VELADAS DE LA QUINTA** es una de aquellas obras que han llenado este objeto; porque en sus orietas agradables y estilo ameno, enseña á las madres los deberes que, tanto en lo moral como en lo físico, tienen que prodigar á sus tiernos hijos.

El que suscribe, deseoso de cooperar de algun modo á tan grande objeto, ha comenzado á publicar esta obra por números semanarios, en pliegos de tres pliegos y su cubierta, por el precio de dos reales, que pagará al recibir los ejemplares.

No me detendré en hacer elogios de ella, tanto por ser bien conocido su mérito, cuanto por dar una idea mucho mejor de lo que pudiera verse en los prólogos de la Autora y Traductor.

Se ha procurado que una obra de tres tomos en cuarto con una mil y noventa y seis fojas quede reducida á un solo volumen de 330, y por lo mismo el precio mas cómodo para todas las clases de la sociedad.

La suscripcion es de dos modos: ó por números semanarios, ó por tomos concluidos: á los de la primera clase, aunque les costasen mas, harán paulatinamente las exhibiciones al recibir sus números de la segunda, entregando al tiempo de suscribirse 3 pesos, que recibirán en un tomo encuadernado á la rústica.

Los suscritores foráneos solo podrán serlo del segundo modo, aumentando cuatro reales por cada ejemplar, que recibirán en el lugar de su residencia, encuadernado á la rústica y libre de gastos.

Fuera de esta capital se reciben por los señores agentes de la Biblioteca.

México, Setiembre de 1831.

C. C. SEBRING.

